

# Gaudeamus, bobos de baba

GONZALO UGIDOS

En el principio fue la tontería. Por sobre las circunvoluciones cerebrales de alguna especie de póngidos infatuados de soberbia surgió un renuevo cortical y el mono se hizo "horno", experimentó la irresistible tentación de descender del árbol y sus pies ya no hollaron la placidez de la copa de la higuera sino las turbulencias del valle de lágrimas. Tontería original que tuvo continuidad en el propósito cazarro de arrebatarse a los dioses el fuego del conocimiento. Ay de aquel que pretende saber lo que debería ignorar porque el que sabe se destruye y los aprendices de brujo ya se sabe como acaban: mal, como las putas y los soldados. El mono curioso aprendió algunas cosas y cuando su ciencia empezó a tener bulto llenó de misceláneas la biblioteca de Alejandría y compartimentalizó en disciplinas los destellos robados a la hoguera de los dioses. El Trivium y el Cuadrivium resultaron a la postre un "thesaurus" elemental y simplón porque, como constató el libretto zarzuelero, hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad. El gusanillo de la curiosidad empuja a desentrañar el cogollo del enigma y los avacacanos que asoman detrás de un nuevo descubrimiento. Antes de inventar las Universidades el conocimiento era cosa de alquimistas autodidactas, francotiradores intrusos y sacerdotes de la insensatez. Las Universidades vinieron a separar la ganga de la mena y a poner coto al desmadre gnoseológico. Fuera de la Universidad no hay ciencia y el que quiera ejercer que pase por secretaría. Hay especialidades académicas "tutti fruti", aquí se facturan galenos, leguleyos, sociólogos y tontos para atender la demanda social a mayor gloria de la sandez y el progreso.

También tontos, sí. Que en una de esas inquietas Universidades que hay por ahí, los estudiantes han creado una nueva especialidad académica: La Facultad de la Idiotez, informa desde París Pablo de la Higuera. El nuevo centro docente se dedicará exclusivamente a la fabricación de tontos -lo mismo que otras facultades fabrican abogados, médicos, farmacéuticos, etc., y sin perjuicio de que estas ramas sigan aportando su cupo normal de cretinos y bobos de baba.

Los autores de esta genial innovación en la venerable institución universitaria quieren hacer justicia a la sublime tontería de la que surgieron todas las ciencias, que fue el precoz descenso del árbol. Pero, sobre todo, parecen preocupados por la casi total desaparición del "tonto del pueblo", institución evidentemente en crisis en los últimos años. La Facultad de la Idiotez deberá, pues, suministrar tontos bien preparados a los pueblos que carezcan de tonto oficial.

En realidad, según el prestigioso antropólogo rural Sandio Memo, el tonto del pueblo no ha desaparecido, sino que, gracias a los grandes medios modernos de difusión y comunicación de masas, más bien se ha diluido, desparramándose generosamente su tontería por amplios sectores de la comunidad. Como tantas otras cosas, la tontería se ha masificado vehiculada por los massmedia y por un nuevo marco estructural de relaciones sociales. Hoy ya no se necesita ser un privilegiado, como antaño, para ser un tonto perfectamente circulable. Ahora la idiotez y la inteligencia andan sueltas, y ya se sabe que la primera es más contagiosa que la segunda. Por eso la idea de los estudiantes de crear una Facultad de la Tontería ha sido bien recibida entre las autoridades académicas y amplios núcleos sociales. Ya estaba bien de que los tontos anden perorando por ahí sin credenciales. Si quieren ejercer que se gradúen. Bachillerato y título universitario al canto. El cretinismo ilustrado viene a dejar las cosas en su sitio y a poner coto a la tontería incontrolada.